

*LA DÉCADA FRUSTRADA: LOS INDUSTRIALES Y EL PODER 1970-1980*  
DE FRANCISCO DURAND\*

El libro materia de esta nota, corona un largo proceso de investigación iniciado por el autor en los predios del Taller Urbano-Industrial de la PUC, parcialmente difundido vía breves artículos en el mensuario especializado "Actualidad Económica", y finalizado con los auspicios de DESCO.

El texto se organiza en seis capítulos: el primero y último dedicados respectivamente a presentar un perfil de la burguesía industrial, y proponer sintéticamente una interpretación de los determinantes de la "frustración" burguesa en el Perú. El resto, dedicados al análisis concreto del comportamiento de la burguesía industrial a lo largo de la década en estudio.

Para efectos de reseñar la obra, organizamos nuestro discurso en torno a tres ejes: algunas acotaciones sobre la opción metodológica del autor, imprescindibles en tanto son escasas en nuestras CC.SS. las discusiones abiertas y directas sobre los "marcos teórico-metodológicos", y en tanto el libro aspira a fundar nuevos usos metódicos. Seguidamente, la presentación de las proposiciones centrales del autor. Y para finalizar, un breve comentario crítico que intentará incorporar algunas de entre las múltiples objeciones y opiniones discrepantes que ya circulan en los medios académicos.

#### LA OPCION "METODICA".

El texto inicia con poco menos que una abierta declaratoria de guerra a las tradiciones teórico-metodológicas que subyacen a la variopinta gama de imagenes circulantes sobre la clase dominante. Propone empezar admitiendo que "la burguesía peruana es más bien una clase desconocida", que carecemos de ideas claras sobre ella y adolecemos de un profundo confusio-nismo terminológico (graficado en el uso y abuso de hasta 10 términos para designar idéntico objeto).

---

\* Lima, DESCO, 1982.

Esta declaratoria de indigencia intelectual y teórica es necesaria porque las imágenes sobre la clase dominante y la burguesía industrial reposan en la pura especulación ó en la proyección sobre la realidad de modelos de estructura y clases sociales correspondientes al curso histórico del capitalismo originario o al devenir de las sociedades orientales que el maoísmo intentara expresar teórica o ideológicamente.

El común resultado de estas perspectivas teóricas, como coincidentemente anota el sociólogo Castillo Ochoa en reciente artículo, es que a las clases dominantes "se le asignan atributos que debía tener, situaciones donde debía llegar y tareas nacionales que debía cumplir"; todo ello, como derivado de formalizaciones casi íntegramente abstractas.

Como se comprenderá, los dardos de Durand apuntan principalmente contra una tradición académica y política marcada por el dogmatismo y el formalismo abstracto, para la cual la historia concreta es prescindible y molesta. Pero se proponen alcanzar también ciertas versiones del análisis sociológico marxista, mucho más elaboradas y cercanas a la realidad, pero fatalmente contaminadas por las distorsiones del estructuralismo y la internalización de lógicas funcionalistas.

Frente a este panorama, el autor propone asociarse con la perspectiva teórica representada por el historiador inglés Edward Thompson. Según éste, "la clase es definida por los hombres al vivir su propia historia; y al final, ésta es la única definición". La clase social será, por ello y ante todo, un contenido histórico real y el resultado de un proceso formativo concreto; y no el mero resultado de la conjunción simple de rasgos considerados empírica y aisladamente. Esta elección, coloca al autor ante el reto de no partir aderezando la realidad con condimentos ideológicos o teóricos, que sólo serán válidos en tanto, emanaciones de una operación de condensación y razonamiento de la historia concreta.

Por último, consideremos la metódica concreta propuesta por el autor. El texto propone analizar la clase dominante peruana desde el ángulo industrial; ello, porque en la industria se espera encontrar un importante sustento material de la nueva burguesía. En el curso analítico, y en la búsqueda de una imagen integral de las clases, será preciso interrelacionar las bases materiales, niveles organizativos, cohesión política, proyectos e ideología de la burguesía peruana. De otra parte, será necesario privilegiar algunas entre estas dimensiones: así, la acción burguesa será visualizada desde la instancia gremial, porque ella cumple un rol articulador y representativo más acentuado durante el lapso 1970-80, cuando el gobierno de Velasco irrumpe copando el espacio político e interrumpiendo el desenlace final del proceso de recomposición vivido por la clase dominante.

Al analizar las relaciones clase-gremio y gremio-Estado, se tomará como eje orientador la relación entre dos caracteres que se asume definirían a clases y proceso político: heterogeneidad interna de las clases y fracciones de clase; y expresión, en las relaciones con el poder, de intereses y proyectos diferenciados.

Last but not least, incursionar en este sui generis sendero teórico debe suponer intentar desembarazarse de tres ideas específicas, derivadas de hábitos reflexivos bastante arraigados en nuestro medio académico y político:

- la idea de una sucesión hegemónica lógica de la burguesía oligárquica a la burguesía industrial, que deja fuera del horizonte las posibilidades de procesos prolongados y tortuosos de recomposición hegemónica.
- la idea de una representación política directa de las clases económica y socialmente dominantes, que en algún momento fundamentó las visiones de un "velasquismo" orgánico a la burguesía industrial y/o nacional.
- un conjunto de pre-nociones sobre las relaciones entre burguesía peruana y capital imperialista, tanto las que postulan una relación de funcionalidad con el capital imperialista, como aquellas que califican de "nacional" a toda burguesía industrial.

## LAS PROPOSICIONES

1. *Base material y perfil de la Burguesía Industrial.* A fines de la década del 60, encontramos una industria medianamente eslabonada, que no depende ya del sector agroexportador de la economía y avanza a subordinar segmentos de la economía agropecuaria del país. En esta década, quienes emergieron tímidamente con ciertas reivindicaciones propias en los años 50, aparecen como una fracción de clase en ascenso, aún cuando despojada de capacidad hegemónica.

Esta década de auge de la industrialización sustitutiva, será asimismo una década de consolidación formativa de los nuevos núcleos capitalistas, vía el desarrollo de gremios e instituciones; desarrollo plasmado en la renovación y redinamización de las agremiaciones patronales y en el fortalecimiento de instituciones como IPAE, dotadas de una lógica tecnocrática y visión de conjunto. Ello expresaría en el horizonte social, un proceso sumergido de sedimentación de determinaciones y prácticas de clase, así como la formación de cuadros tecnocráticos y empresariales de nuevo tipo.

A la vanguardia de este desarrollo material e institucional encontramos una fracción de la burguesía industrial que actúa en consonancia con el capital extranjero; pero en relaciones no reductibles en los típicos esquemas

alternativos que presentan una burguesía nativa auto-sometida y extranjerizada, ó una burguesía “nacional” en confrontación radical con el capital imperialista.

Para esta fracción de la burguesía industrial, la *asociación subordinada* al capital imperialista “es condición para su desarrollo, a la vez que límite”; en tal asociación, capital imperialista y capital nativo están íntimamente imbricados, y la separación relativa de intereses gira casi exclusivamente alrededor de los márgenes de transferencia de plusvalía. Por la predominancia del capital imperialista y el carácter compartido de la acumulación, esta fracción estaría impedida de tener un desenvolvimiento autónomo y una visión estrictamente nacional del desarrollo. Pero, sin llegar a convertirse en una fracción estéril, como lo probarían las pugnas de los años 60 por la preeminencia manufacturera y una orientación no-oligárquica del poder político.

Es de acuerdo con esto, que Durand asevera que “la industria no es ni exclusivamente nacional, ni el factor nacional es más importante”, y sugiere que las líneas de separación y diferenciación entre capital imperialista y capital nativo son mucho más complejas de lo que comúnmente suele suponerse.

En concordancia con la materialidad de lo industrial, el autor dibuja un perfil más complejo y heterogéneo de la burguesía industrial peruana: en el vértice superior de la pirámide industrial, destacan la presencia del capital extranjero y la asociación al capital financiero y capitales no-industriales; asimismo, un desarrollo importante de la interconexión sectorial e inter-industrial, con la configuración de grupos de poder en base al predominio de un propietario ó como alianza de capitalistas. De otra parte, destacan la concentración espacial del poderío económico de este segmento; y la importante presencia en el vértice, de integrantes de las “colonias” de inmigrantes judíos, italianos y árabes, aportando niveles de identidad étnico-cultural que podrían contribuir a cohesionar este contingente.

Como contraparte, en la base de la pirámide industrial se encuentran capitales marcados por una base material donde se tornan borrosos los límites entre lo artesanal y lo manufacturero, con estructuras empresariales cuya columna vertebral es la jerarquía familiar; con acceso dificultoso al crédito bancario y escasa articulación con capitales no industriales, manejo despótico-paternalista de las relaciones laborales y horizontes económico-sociales que no trasponen las estrechas fronteras de la fábrica.

2. *El Docenio Militar y la diferenciación de intereses en Burguesía Industrial.* A fines de la década del 60, y con mayor diafanidad desde la cri-

sis del 67-68, está abierto un intento de modernización negociada que cuenta con amplio consenso, inscrito en el proceso de cambio que sufre la clase dominante tras la crisis definitiva del orden burgués-oligárquico. En octubre de 1968 irrumpe en la escena el gobierno militar, portando un proyecto nacional apoyado en el Estado, negociado con el capital privado, y dotado de fuertes componentes reformistas; irrupción expresiva de las aspiraciones políticas de los sectores intermedios de la sociedad, relativamente radicalizados tras la frustración del “Primer Belaundismo”. Con ello, se instala una crisis de representación política que afectará al conjunto de la clase dominante.

Para toda la fase “Velasquista”, el elemento definitorio de las relaciones y pugnas entre gobierno y burguesía es el hecho contundente de la intervención estatal en la economía y la alteración sustantiva del cuadro tradicional de relaciones laborales; ello, acompañado de un rasgo del “velasquismo” que resultará central por sus efectos diferenciadores al interior de la burguesía industrial: la *iniciativa* e *independencia* del gobierno en el manejo del Estado.

En la burguesía industrial se generaron dos tipos diferenciados de comportamiento: —el segmento asociado, dotado de una visión más amplia y de mayor alcance, opta por seguir la pauta del capital imperialista, acoplándose y practicando un cierto “entrismo”; a la vez que aliándose con capitalistas de la construcción y del comercio, y expresando gremialmente en ADEX e IPAE.

— El grueso de capitales manufactureros (representados por una Sociedad de Industrias donde se opera un desplazamiento en la conducción, pasando ésta de manos del gran capital asociado a manos del mediano capital tradicional) opta por la táctica del “atrincheramiento gremial”, como medio para combatir las aristas más pronunciadas del reformismo.

Esta primera ruptura del frente burgués industrial, no hará sino prefigurar sucesivas diferenciaciones posteriores, a través de las cuales irá delineándose con mayor claridad la existencia de un nuevo bloque burgués, distinguible ya no por su asentamiento sectorial, sino por su peso global en la economía y su asociación estrecha al capital imperialista.

Con el inicio de la crisis económica, el cambio en las relaciones de fuerza en la cúpula militar y el ascenso de las luchas sindicales, la Sociedad de Industrias optará por la táctica que Durand denomina de “ataque por los flancos”. Buscará con ello frenar las reformas y avanzar en su proyecto de retorno a la democracia liberal.

Depuesto Velasco, se recompone la unidad burguesa en torno a la defensa del capital industrial frente a la crisis, la necesidad de responder

el auge de movilizaciones sindicales y populares, y la búsqueda de una garantizada transferencia de poder. En este nuevo período político, la burguesía nacional pasa a visualizar el movimiento sindical clasista como enemigo principal, asimilando lúcidamente la necesidad de un manejo gubernativo dictatorial, en el corto plazo.

El gobierno de Morales Bermúdez consigue, en un plazo breve, homogenizar el poder en un sentido nítidamente burgués; sin embargo, no logra evitar que se instale un momento de aguda "crisis en las alturas", por la dificultad en consensuar a la clase dominante y por el grado de su aislamiento frente al movimiento popular.

Lo destacable en este segundo momento político de la década en estudio, es que pese a la cristalización de niveles de unidad burguesa para enfrentar las amenazas populares, persisten y se agudizan las diferencias intraburguesas, acentuándose el carácter monopólico y multisectorial del núcleo burgués asociado y debilitándose las bases materiales de la burguesía industrial dirigida al mercado interior. A lo largo de este momento de crisis social y política, y cuando están en juego alternativas globales, la Sociedad de Industrias no pasará de repetir un discurso enmarcado en una envejecida ideología industrialista. Finalmente, terminará mimetizada ideológicamente y sometida al acuerdo en la cúpula entre el Estado y capital extranjero como tramo hegemónico central de la clase dominante.

Superada la crisis política e instalado en el gobierno el "segundo Belaundismo", la Sociedad de Industrias se inscribirá paulatinamente en la oposición, frente a una política con pronunciados sesgos "intermediarios", y cuando el capital imperialista parece abandonarla definitivamente como principal aliado modernizante.

*3. Para entender al capital.* Aún cuando no se encuentre formulada de manera autónoma y explícita, una proposición central que se desprende del trabajo es que para la comprensión de la clase dominante peruana, resulta insuficiente y limitado un enfoque de corte sectorial. El propio Durand, en una sesión de presentación del trabajo, reconoció que los frutos de esta investigación le permitían cerrar una etapa, y abrir otra, en la evolución de su pensamiento sobre la clase dominante peruana: a lo largo de la década pasada, y con particular fuerza durante la crisis, se perfilan con nitidez intereses que tienden a diferenciarse, rompiendo con una visión sectorial de la clase, y delinéndose un comportamiento de acuerdo a su condición objetiva de capitales grandes, medianos y pequeños; extranjeros, asociados o nacionales; plurisectoriales o unisectoriales. Con ello, adquiere importancia una fracción monopólica, multisectorial y asociada, que avanzaría a constituirse

en núcleo central de la clase dominante y eje de la dominación burguesa-imperialista llamada a suceder el orden burgués-oligárquico.

Este hallazgo debiera conducir, para provecho de futuras investigaciones sobre la clase dominante peruana, a expulsar del sentido común intelectual la idea de la industria y el mercado interior como *clave* material de la nueva burguesía; ello, en tanto no refleja —y sí, más bien distorsiona— las condiciones de lo burgués en el Perú contemporáneo.

4. *Desencanto y frustración del burgués industrial en el Perú.* El capítulo final del texto, aborda la nada fácil tarea de tentar un juicio sobre lo actuado y lo omitido por la burguesía industrial en su desarrollo; y se propone elucidar los determinantes históricos de esta línea de conducta.

Sin ser excesivamente tajante, el contenido y tono de la sentencia final es, sin embargo, marcadamente esculpatorio: el desarrollo de la burguesía industrial y su cristalización como fracción de clase dirigente, habríase visto frustrado básicamente por fuerza y motivaciones ajenas a la propia voluntad y pasiones de los industriales. Dos factores serían determinantes de tal truncamiento: de un lado, el carácter subordinado de esta fracción en la dinámica global de la acumulación capitalista, acentuado por la crisis económica y sus secuelas, y por las incontrolables alteraciones en los patrones de movimiento del capital internacional e imperialista; del otro lado, la irrupción intermitente y desleal de los sectores medios en el manejo de la cosa pública, y el papel de francotiradores que suelen jugar desde la sociedad civil.

Acosada entre el fuego cruzado de estos elementos, a la burguesía industrial no podría achacársele responsabilidades por una “hegemonía” que no se le permitió ejercer. Y debiera admitirse, que los proyectos, sueños y pasiones del burgués industrial fueron también pasmados por el curso de la historia concreta.

En la orientación de superar las tradiciones analíticas a las que critica acrememente, Durand incursiona en una dimensión escasamente explorada de las clases sociales —pese a que debiera ser parte constitutiva y en cierto sentido “punto de llegada” de todo análisis de clases—: la fisonomía intelectual, la personalidad y mentalidad de clase; estableciendo una conexión entre circunstancias económicas y políticas y los modos de pensar del burgués industrial peruano.

Por esta vía, llega a sostener que el *coyunturalismo e incertidumbre* que marcarían el razonamiento y las decisiones del empresariado industrial, induciendo comportamientos especulativos y rentistas, no serían signos de esquizofrenia colectiva o meras expresiones de algún maquiavélico cálculo de oportunidades de ganancia. Tendrían sustento y explicación en los factores

antes anotados: la imposibilidad de preveer y manejar el curso del mercado y acumulación mundial; la vulnerabilidad frente a la crisis y las políticas anticíclicas; y finalmente, la propia incertidumbre sobre el curso político nacional, siempre en riesgo de caer en manos de las advenedizas clases medias o de ser variados radicalmente por la presencia del movimiento popular.

### *A modo de Balance*

Pese a que inevitablemente nuestro propio concepto del asunto está ya inmiscuído en lo antes dicho, quisiera anotar separadamente algunas impresiones finales sobre el texto (y claro está, sobre el autor).

Por sus pretensiones el texto merece ser juzgado tanto desde sus proposiciones centrales, como desde la eficacia en implantar nuevos usos metódicos y tradiciones teóricas. Sin poderse distinguir en el resultado ambos aspectos, intentaremos de todos modos enfatizar el segundo.

Opinamos que metódicamente, el texto cumple. Durand conquista posiciones avanzadas en su guerra avisada contra el lastre de la tradición especulativa y dogmática en la sociología de inspiración marxista; y, consigue superar los problemas mayores de esa otra vertiente sociológica inteligente pero limitada por sus deslices estructuralistas y/o funcionalistas. Las conclusiones del texto, superan ampliamente los promedios de fidelidad a lo real vigentes en nuestro medio académico y político; y aparecen como colofón de un evidente proceso de digestión de abundante material empírico. De otra parte, proporciona una visión más integral del fenómeno de clase, relacionando adecuadamente los aspectos materiales con el desarrollo institucional y el nivel de los proyectos; en esta vía, plantea —sin desarrollarlas en profundidad— sugerentes proposiciones relativas a la dimensión mental, de las clases sociales dominantes.

Del análisis se desprende una nueva imagen de la clase dominante peruana y del peso y papel de la fracción burguesa industrial en el Perú fines de los años 70. Sin caer en tentaciones reduccionistas y esquemáticas, se formula con claridad que el nuevo núcleo central de la burguesía peruana, está constituido por un fracción monopolítica, multisectorial y asociada. Y esta tesis, que deberá ser sustentada con mayor profundidad en nuevas investigaciones, se nos parece como un arma importante para abrimos el camino a un conocimiento más cabal de la nueva burguesía peruana, abandonando el pantano de visiones estrechas y limitadas al ángulo sectorial, y remontando el estancamiento en nuestra visión de la clase dominante.

Pasemos ahora a anotar los problemas del texto. Si algo debilita las conclusiones del texto, es cierta fijación, deslizada obsesivamente a lo largo y

ancho del razonamiento, por colocarle como *meta* a la burguesía peruana, los resultados materiales, políticos e ideológicos del curso del capitalismo originario. Es más, se sugiere insistentemente que un proceso con tal signo estaría en desarrollo, habiendo sido truncado por los factores antes anotados.

Gonzalo Portocarrero refiriéndose al mismo problema, señala discrepar con lo que visualiza como una perniciosa obsesión comparativa. De la comparación con el curso “clásico” del capitalismo, nacería la idea de una realmente inexistente “frustración burguesa”; se tornaría en víctima a una burguesía culpable, y como contraparte, los sectores medios aparecerían como una especie de fuerza antiburguesa, cuando realmente no hicieron sino crear condiciones para el desarrollo de la acumulación basada en el mercado interior. De otro lado, opone a la idea de un desarrollo de las clases que va de la sociedad civil hasta su coronación en el Estado —idea que es atribuida a Durand—, las apreciaciones de José Aricó que giran alrededor de esta otra idea sobre “la creación política de la sociedad civil” en América Latina.

Como se verá, objeciones duras pero discutibles y que no necesariamente conducen a afectar centralmente las conclusiones del trabajo. Hablando con propiedad, el problema no puede presentarse como de comparación; sin perspectiva comparativa no existiría conocimiento posible. En nuestro concepto, el pecado reside —como ya hemos señalado— en asumir que el capital y las clases en el Perú, caminan inequívocamente por el curso y hacia las metas del capitalismo originario. En segundo término corregir esta óptica, no quita ni pizca de contundencia al hecho cierto de sectores medios radicalizados que, con proyectos reformistas dotados de aristas bastante agudas, han propiciado en más de una ocasión frustraciones y crisis de representación en la clase dominante. Que finalmente la vida arrojará resultados que las capas medias no desearon o imaginaron, no es justificativo para que una lectura de la historia a partir de sus resultados termine almorzándose los procesos y conflictos que forjaron decisivamente la resultante.

Para concluir esta breve réplica, los sesudos alcances de Aricó no son de ningún modo equivalentes a una teoría positiva que dé cuenta de la materialidad y el deber-ser posible de aquello que se denomina burgués en América Latina.

Un segundo problema, que es propiamente una carencia, alude a la relación entre burguesía y proceso político. Las clases se moldean y forman su personalidad, también al fragor de la lucha de clases. ¿Cómo afectó a la burguesía, a su mentalidad y patrones de comportamiento, ese intenso lapso de acción abierta y directa de las clases populares? ¿Qué perspectivas inauguró y qué horizontes clausuró? De otra parte, la política no es reductible a la acción en el vértice —aún cuando por tratarse de un gobierno militar el énfasis

se justifique plenamente—. En la fase final del periodo estudiado recuperan vigencia las formaciones políticas partidarias, e ingresa a una intensa actividad toda la clase política burguesa. Las relaciones entre esta clase política civil y la burguesía, son otro punto no esclarecido por el texto; importante, porque tampoco conocemos a ciencia cierta el grado de organicidad de los partidos políticos, si el PPC es realmente un “partido de gerentes”, o quién se esconde finalmente detrás del APRA.

Por último, creemos que el texto de Durand debe ser saludado por su positivo afán polémico, de confrontación abierta y directa con opiniones divergentes. Ello porque no es corriente ni sencillo, aventurarse por la senda de la discrepancia claramente formulada, en un medio dominado por una aversión acendrada a la crítica rigurosa y la demolición sin contemplaciones, que demanda ese ejercicio rotulado “ciencia”. Cualquier esfuerzo para disociarse de las leyes del silencio y la recíproca ignorancia, de seguro contribuirá a forjar futuras generaciones de científicos sociales dotados de una ética menos fundada en la comodidad.

César Heredia H. \*

---

\* Estudiante del Area de Sociología de la PUC.